

Ingllaterra, madre del fútbol, acuna su primer título

TODA Inglaterra estaba preparada para este Campeonato del Mundo de Fútbol 1966. La «motherland» del más popular de los deportes modernos acariciaba el sueño de conquistar un título que prestigiara sus cien años de historia, y devolviera los blasones al «foot-ball» clásico. Inglaterra tiene ya ese título, después de eliminar sucesivamente a México, Francia, Argentina, Portugal y Alemania. No ha tenido un camino fácil, y aunque todo se ha conjugado para allanar el camino, no puede decirse que no haya merecido ese título.

En definitiva, los ingleses han hecho un fútbol práctico, es decir, de gran vigor físico, excelente compenetración y buen sentido de la maniobra, sobre todo para las penetraciones verticales. Sus defectos de falta de inspiración, poca variedad en los esquemas y relativa vacilación en el remate le podían haber costado caro. Pero quedaron compensados con las ventajas que al equipo le proporcionó jugar todos los partidos en Wembley —favoritismo excesivo— y también la parcialidad arbitral.

Un jugador como Stiles, que es un «asesino» del fútbol, pudo terminar íntegramente todos los partidos pese a que en el final se permitió toda las intemperancias y protestas —incluso lanzarle un balonazo al árbitro—, poniendo así el reverso a la medalla de la expulsión de Rattin, el argentino malhumorado que fue enviado a la caseta, precisamente en el decisivo cuarto de final contra Inglaterra, por reclamar la presencia de un intérprete.

Los franceses se quejan en su piel de idéntico espíritu, en el colegio que les dirigió el choque con los ingleses. Y no serán los alemanes los que se queden cortos en la protesta, pues los dos goles decisivos de la «big final» son como para sospechar de todo y, sobre todo, de M. Dienst, el suizo, que le echó los perros a un juez de línea para que este decidiera la validez del tercer tanto inglés, y concedió el cuarto, en flagrante delito reglamentario, permitiendo, mientras se desarrollaba la jugada, la permanencia diez metros dentro del terreno de seis mozalbetes perseguidos por rubicundos policemen. Increíble pero cierto, y si de algo se debe sonrojar este Campeonato del Mundo es de este tumultuoso y desgraciado final.

Pero sería no actuar con espíritu crítico honesto ver en estas confabulaciones de bastidores las únicas razones del triunfo inglés. Ni siquiera la falta de «fair play» de un público apasionado y a ratos descontrolado para el visitante —lo que ya no es sacrilegio futbolístico para una tradición tan rigida como la de las Islas—, es bastante para ponerle sólo notas negras al cuadro del mal educado Ramsey que se permitió el lujo, en una entrevista televisada, de llamar «animales» a los argentinos sin que por ello incurriera en ninguna sanción.

La verdad es que la selección inglesa que comenzó jugando muy mal el Torneo, terminó jugándolo bien y, a ratos, muy bien. En la final se esperaba el duelo Charlton-Beckenbauer y en cambio nos extasiamos viendo a un incansable muchacho de veintidós años, pequeño y delgado, que fue la figura del encuentro: Alan Ball.

Además, como al conjuro del acontecimiento, «uno de los más inolvidables de la historia inglesa» —como escribió un diario londinense— los «malos» del equipo se superaron y hombres como Hurst o como Hunt se transfiguraron en el partido contra Alemania después de haber sido una auténtica calamidad en los anteriores encuentros.

Inglaterra tuvo unidad en su espíritu, esa fiebre de superación que acomete a los ingleses en las grandes ocasiones, y una tesorería de «bull-dogs». Por eso ganó o mereció ganar a Alemania, más técnica pero también más lenta, menos fresca físicamente y, sobre todo, aplomada a medida que transcurrían los minutos. En la media hora extra, el juego hasta entonces equilibrado, se inclinó del lado inglés y las dos graves equivocaciones arbitrales acabaron precipitando la caída alemana.

Fue una estupenda final y hubiera sido quizá extraordinaria si hubiese habido un poco más de genialidad en los dos equipos y algo menos de intención pro-inglesa en el trio arbitral. Pero con todo, el espectáculo fue digno de admirar, y los dos equipos se merecen el aplauso.

En Wembley fue el delirio. Casi es inútil decirlo. Y en su marco impresionante, estampado con el colorido de miles de banderas y el rugido atronador de los «England, England» o de las canciones deportivas entonadas en impresionante coro de 85.000 espectadores —los 15.000 alemanes tampoco se quedaron mancos en los paréntesis—, Inglaterra logró una coronación maravillosa a sus esfuerzos. Lástima que un velo de susceptibilidad cayera, como hemos dicho antes, en los dos goles decisivos. Pero también hemos de insistir en que la selección inglesa fue la mejor. Y casi si nos apuran, añadiríamos que hubiera sido una pena ver a Inglaterra derrotada porque no habríamos sido testigos del espectáculo inenarrable de una ciudad y una nación puestas en pie de guerra por el empuje de una pelota.

J. J. CASTILLO

EN ORBITA

los beatles, boicoteados

Boicot contra los Beatles. Indignación de algunas emisoras de radio. Veamos los hechos. En el «Evening Standard», periódico vespertino londinense, Maureen Cleave recoge las siguientes declaraciones de John Lennon, el cerebro del famoso cuarteto: «La cristiandad desaparecerá, tengo la seguridad de ello, y por eso no pretendo entablar discusiones. Estoy convencido y quedará demostrado con el tiempo. Nosotros, Los Beatles, somos más populares que Jesús. No sé quién desaparecerá antes, si el rock and roll o la cristiandad. Jesús era justo, pero sus discípulos, unos ordinarios». Las emisoras americanas están revueltas y algunas de ellas se niegan a emitir música de los Beatles. Las cadenas españolas —según una información publicada por el diario «El Alcázar»— son algo más cautas y esperan confirmación de la noticia, aunque Radio Requeté de Pamplona ha prohibido desde el 4 de agosto la programación de música de los Beatles.



baronesa con marihuana

Aldera Franchetti, baronesa y ex esposa del actor americano Henry Fonda, ha sido detenida en el aeropuerto de Fiumicino, Roma, acusada de tráfico de drogas.

La policía la intervino cincuenta gramos de marihuana. Como cómplice ha sido detenido también el pintor italiano Mario Schifano. En la foto, el actor y Aldera Franchetti, poco antes de la separación de ambos, hace algunos años.



cuerda floja y minifalda

Con el verano proliferan, especialmente en las poblaciones costeras, las elecciones de missas más o menos internacionales. Playa de Aro no ha querido quedarse a la zaga de otras localidades y ha organizado, coincidiendo con la fiesta de los marineros, la elección de Miss Tiffany's celebrada en la boite del mismo nombre. Veinticinco muchachas participaban en el concurso, dotado con un premio de diez mil pesetas en metálico y cinco mil en ropa de una conocida boutique. La prueba consistía en descender lo más grácilmente posible por una cuerda, ataviadas con minifalda. La ganadora fue una francesa de Perpignan, Christine Mengaud, que aparece en la fotografía en el momento de llevar a cabo su arriesgado ejercicio.